

Enero 3/56.

Manuel Rojas,

hace algunos años conocí a un hombre muy inteligente, muy raro, una especie de esteta perdido. Se llama Jorge Jeria y fué amigo suyo puesto que él me contó una vez que usted, tendido en la cama, le leía trozos de la biblia. Ese hombre me prestó un libro precioso y extraño: El Gran Meaulnes, de Alain Fournier. Cuando iba a devolvérselo y habiendo advertido él mi pasión por el libro, dirigida casi por iguales partes al encanto misterioso de su contenido y la hermosura de su físico, dijo que quería obsequiármelo; pero se le ocurrió que debía empastarlo y se lo llevó. Hombre y libro se perdieron en la bruma de un absurdo.

¿Puede alguien que está en la cárcel concebir un desmedido deseo de tener un libro, y ése y no otro?

Manuel Rojas, busque a su amigo y ruéguele que me obsequie ahora el libro.

Usted querrá perdonarme, verdad?

M. Carolina

El libro puede ser dipudo a mi nombre en la Hermana Carlota.